

---

VI

Al día siguiente, descolorido y miserable, ante una mesa de la *Paloma*, revolvía mi pobre sopa, cuando un caballero con gaban negro, vino á sentarse en el testero de frente junto á una garrafa de Vidago, de una caja de píldoras y de un número de la *Nación*. En su frente, inmensa y arqueada como frontis de capilla, se retorcían dos venas gruesas; y bajo las fosas largas ennegrecidas de rapé el bigote era hecho de pelos grises, duros como las cerdas de un cepillo. El gallego, al servirle la sopa, dijo con agrado:

—Sea bienvenido el señor Lino.

Después del cocido, este caballero me dijo:

—¿Y usted, si no le molesta la curiosidad, viene de las provincias del Norte?



Pasé la mano por los cabellos.

—No, señor... ¡Vengo de Jerusalem!

Asombrado el señor Lino, dejó caer la cucharada de arroz. Y, después que hubo rumiado su emoción, confesó que le interesaban mucho todos aquellos lugares santos porque tenía religión, gracias á Dios. Desempeñaba un empleo, también gracias á Dios, en la Cámara Patriarcal..

—¡Ah, en la Cámara Patriarcal!—respondí.—¡Es muy respetable!...—Yo traté mucho á un Patriarca. Traté mucho al señor Patriarca de Jerusalem. Un caballero muy santo, muy querido. Hasta concluimos por tratarnos de *tú*.

El señor Lino me ofreció de su agua de Vidago y comenzamos á hablar acerca de las tierras de la Escritura.

—¿Qué tal Jerusalem en tiendas?

—¡Cómo tiendas? ¿Tiendas de modas?

—No,—atajó el Sr. Lino.—¡Quiero decir tiendas de santidad, de reliquias, de cosas divinas!...

—Menos mal... Está Damiani en la Vía Dolorosa que tiene de todo, hasta huesos de mártires... Pero lo mejor es que cada uno busque, escudriñe... ¡Yo, en cosas de esas, traje maravillas!

Una llama de singular codicia avivó los ojillos del señor Lino, de la Cámara Patriarcal. Y de repente, con una decisión de inspirado, exclamó:

—¡Andrés! ¡Tráenos Oportol!

El señor Lino me ofreció una copa llena.

—¡A su salud!

—¡Con la ayuda del Señor, á la de usted!

Por cortesía convidé á aquel hombre que, gracias á Dios, tenía religión, á entrar en mi cuarto y admirar las fotografías de Jerusalem. Aceptó con alborozo; y apenas traspuso la puerta corrió sin etiqueta, golosamente, á mi lecho donde se veían extendidas algunas de las reliquias que yo desembalara aquella mañana.

—¿Le gusta al caballero? exclamé desenvolviendo una vista del Monte Olivete y pensando regalarle un rosario.

El daba vueltas en silencio entre sus manos gordas, de uñas roídas, á un frasco de agua del Jordán. Lo olió, lo pesó.

Después, muy serio, con las venas entumecidas en la vastísima frente:

—¿Tiene atestado?

Le alargué la certificación del fraile franciscano, que la garantizaba como auténtica y sin mixtura, agua bautismal. El saboreó el venerando papel. Después, entusiasmado, dijo:

—Doy por el frasquito seis reales.

En mi intelecto de bachiller entró una ráfaga de sol. ¡Las reliquias eran *valores*! ¡Tenían la cualidad omnipotente de *valores*! E, iluminado, comencé insensiblemente á sonreír...

—¡Seis reales por agua pura del Jordan! Poco estima usted á nuestro San Juan Bautista... ¡Seis reales! ¡Hasta ahí llega la impiedad! Tres duros rehusé esta mañana á uu fraile de Santa Justa...

El hizo saltar el frasco en la palma gorda. Consideró, calculó.



—Doy cuatro duros.

—Vaya, ya que somos compañeros en la *Paloma*.

¡Desde que el señor Lino salió de mi cuarto, con el frasco de agua del Jordán envuelto en su número de la *Nación*, yo, Teodorico Raposo, me encontraba fatalmente, providencialmente, erigido en vendedor de reliquias!...

De ellas comí, de ellas fumé, de ellas amé durante dos meses, quieto, fijo en la *Paloma de oro*. Casi siempre el señor Lino por la mañana aparecía en mi cuarto, escogía su pedazo de cántaro de la Virgen ó una paja del Pesebre, envolvíalos en la *Nación*, soltaba el dinero y se iba silbando el *De profundis*. Evidentemente, el digno hombre revendía mis preciosidades con gran provecho, porque, aprisa, en su portamonedas de velludo negro, brilló dinero en oro.

Entretanto yo no intentara visiblemente amansar las beatas iras de la tía y adquirir de nuevo su estimación. Me contentaba con ir á la iglesia de Santa Ana vestido de negro. No encontraba á la tía que tenía ahora en el oratorio, todas las mañanas, misa del torpísimo Negrón. Pero así y todo yo me postraba, golpeando contritamente el pecho, suspirando hacia el Sagrario, cierto de que por Melchor el sacristán las nuevas de mi devoción inalterable llegarían á conocimiento de la hedionda señora.

Este comportamiento era de cierto grato á los amigos, porque una noche, encontrando á Justino cerca de la casa de Benita la Vejigosa, el digno hombre me dijo al oído, después de asegurarse de que la calle estaba desierta.

—Continúe así. Todo se ha de arreglar. Por ahora está hecha una fiera... ¡Diablo, ahí viene gentel

Y se fué.

Yo continuaba por intermedio de Lino vendiendo reliquias. Comprendí, sin embargo, recordando los compendios de *economía política*, que mis ganancias serían mayores si desentendiéndome de Lino yo mismo me dirigiese osadamente al consumidor piadoso.

Escribí entonces á hidalgas, siervas del Señor de los Pasos de la Gracia, cartas con listas y precios de reliquias. Mandé prospectos de huesos de mártires á iglesias de provincias. Pagué copas de aguardiente á sacristanes para que ellos hablasen de mí á viejas achacosas diciéndoles: «Para cosas de santidad no hay como el señor Raposo, que viene llenito de Jerusalem». Y me sonrió la suerte. Mi especialidad fué el agua del Jordán en frascos lacrados y sellados con un corazón entre llamas; vendí de ésta para comidas, para bautizos, para todo. Coloqué pedazos del cántaro en que Nuestra Señora iba á la fuente, herraduras del burro en que huyó la Santa Familia. Ahora, cuando Lino se acercaba, yo solía decirle:

—¡Todo está agotadol... Venga para la semana... Espero un cajón de Tierra Santa...

Las venas frontales del voluminoso sujeto se hinchaban en su indignación de intermediario expoliado.

¡Bien pronto, empero, reconocí que aquella profusión de reliquias saturara la devoción de mi país! Lleno de reliquias este católico Portugal, ya no tenía donde pudiese colocarse ni uno de aquellos ramos secos de flores de Nazareth que yo cedía por dos reales.

Inquieto, bajé melancólicamente los precios. Prodigué



en el *Diario de Noticias* anuncios tentadores: *Preciosidades de Tierra Santa en la tabaquería Rego*... Muchas veces, disfrazado con un casacón eclesiástico, asalté á las puertas de las iglesias á viejas beatas; ofrecíales pedazos de la túnica de la Virgen María, cordeles de las sandalias de San Pedro, y decía con ansia, rozándome en las mantillas y en las tocas: «Muy baratos, señora, muy baratos... ¡Excelente para catarros...!»

Ya debía una suma considerable en la *Paloma de Oro*. Descendía las escaleras silenciosamente para no encontrar al amo y llamaba al gallego «mi Andrés, mi Andrés querido»...

Y ponía toda mi esperanza en un renovamiento de la fe. La menor noticia de fiesta de iglesia me regocijaba como un aumento de religión en el pueblo. Odiaba ferozmente á los republicanos y á los filósofos que intentan destruir el catolicismo, haciendo, por lo tanto, que disminuya el valor de las reliquias que él instibuyó. En el café de la Montaña golpeaba las mesas y gritaba: «Es necesario religión, ¡caramba!» «¡Sin religión hasta no sabe bien el bisté!» En casa de Benita la Vejigosa amenazaba á las muchachas con no volver por allí, ¡con irme á casa de Adelaida si no usaban escapularios y medallas!... Mi inquietud por el «pan de cada día» fué tan áspera, que de nuevo solicité la intervención de Lino, hombre de vastas relaciones eclesiásticas, pariente de capellanes de convento. Otra vez le mostré mi lecho cuajado de reliquias. Otra vez le dije restregando las manos: «¡Vamos al negocio, amigo mío! Aquí tengo surtido fresco, llegado de Sion!»

Mas del digno hombre de la Cámara Patriarcal sólo recibí acerbas recriminaciones...

—¡Esa no pega, señor! —gritó con las venas de la frente hinchadas, próximas á estallar de cólera. ¡Usted fué quien destruyó el comercio!... Está el mercado cargadísimo. ¡Hasta ya no hay siquiera modo de vender un culero del Niño Jesús, una reliquia que se vendía tan bien! Su negocio con las herraduras es perfectamente indecente... ¡Perfectamente indecente! Es lo que me decía hace días un cofrade mío: «Son muchas herraduras para un país tan pequeño». ¡Catorce herraduras, señor! ¡Eso es abusar! ¿Sabe usted cuántos de los clavos con que clavaron á Cristo en la cruz ha colocado todos con documentos? Setenta y cinco, señor! No le digo más... ¡Setenta y cinco!

Y salió cerrando la puerta de golpe, con furor, y dejándome aniquilado.

Venturosamente, en aquella noche, encontré al *Requebrador* en casa de Benita la Vejigosa y obtuve de él una considerable demanda de reliquias. El *Requebrador* iba á casarse con la señorita de Nogueira, hija de la señora de Nogueira, una dama de Beja, rica y beata. El *Requebrador* quería hacerle á la vieja un presente piadoso, todo de cosas de Santo Sepulcro. Le arreglé un lindo cofre de reliquias, en donde coloqué el septuagésimo sexto clavo. Con el generoso dinero que me dió el *Requebrador*, liquidé mi cuenta en la *Paloma de Oro*; y tomé prudentemente un cuarto en la casa de huéspedes de Pita.



De esta suerte disminuía mi prosperidad. Mi cuarto estaba en el último piso; y su mobiliario era muy reducido, casi pobre. Hacía cerca de una semana que estaba instalado allí y que trotaba por Lisboa en busca de una colocación, cuando una mañana el mozo de la *Paloma de Oro* me trajo una carta de luto. La abrí temblando y busqué la firma. Era de Justino.

«Mi querido amigo: cumplo el penoso deber de participarle que su respetable tía sucumbió inesperadamente...»

¡Caramba! ¡Había reventado la vieja! Ansiosamente salté á través de los renglones buscando los detalles.— «Congestión pulmonar...» «Sacramentos recibidos...» «Toda apenadísimo...» «El Negrón...» Pálido, con la frente bañada en sudor, al final de la carta hallé la terrible noticia...— «Del testamento de la virtuosa señora consta que deja á su sobrino Teodorico el anteojo que estaba colgado en el comedor...»

¡Desheredado!

Me puse el sombrero y corrí en busca de Justino. Lo hallé con una corbata de luto y la pluma detrás de la oreja, sentado ante la mesa de su escritorio.

—¿Conque el anteojo?—grité deteniéndome en la puerta.

—¡Es verdad! ¡El anteojo!—murmuró Justino.

Fuí á caer casi desmayado sobre el diván de cuero. Pasándome la mano trémula por la faz lívida, supliqué:

—¡Justino, cuéntemelo V. todo!

Justino suspiró. La santa señora, así gozase de la gloria, le había dejado dos mil duros... El resto lo había dispersada del modo más incoherente y más perverso. La casa del campo de Santa Ana y cuarenta mil duros, para el Santísimo Sacramento de los «Pasos de la Gracia». Las acciones de la Compañía del Gas y la casa de Linda Pastora para el P. Casimiro, que estaba encamado, casi moribundo. Al padre Piñeiro le legaba una casa en la calle del Arenal. La deliciosa quinta del Mosteiro con su pintoresco portal de entrada donde campeaban todavía las armas de los condes de Lindoso, las inscripciones del Crédito Público, el mobiliario del Campo de Santa Ana y el Cristo de oro, habían sido legados al padre Negrón. Tres mil duros y el reloj al doctor Magaride. A Vicenta, las ropas de cama. A mí, el anteojo.

Regresé, lleno de abatimiento, á mi casa de huéspedes. Durante horas, con los ojos llameantes, paseándome en chinelas acaricié el deseo desesperado de ultrajar el cadáver de aquella vieja, escupiéndole sobre la carota lívida, agujerando con un bastón la podredumbre de su vientre. Llamé contra ella todas las cóleras de la Naturaleza. Rendido de odiar, me dormí. Fué el patrón de la casa quien me despertó al anochecer entrando con un largo envoltorio. Era el anteojo. Me lo mandaba Justino con estas palabras amigas: «Ahí va la modesta herencia».

Encendi una vela. Con áspera amargura tomé el anteojo y abrí el cristal. Miré por él como desde la borda de una nave que va perdida en las aguas. Muy vagamente